El Alcázar 11 abril 1956 (S1)

89

AGENDA DE VIAJE:

BIARRITZ, Hotel du Palais

EL Hotel du Palais, que domina Biarritz—está en un pequeño altozano, vecino a la playa, y tiene, apenas amanece junio, un zócalo de bañistas y de sombrillas en torno suyo—, se encuentra a la disposición de todo aquel que dé su conformidad a sus frondosas tarifas y se muestre resuelto a pagar los varios miles de francos que se exigen a quienes quieren reclinar la cabeza en sus mullidas almohadas y envolver su cuerpo, que ha de devorar la tierra, en las horizontales túnicas de unas sábanas de impecable hilo. Así lo han hecho, como una lápida de mármol atestigua, varias testas coronadas a lo largo de su historia. (Entresaco de la lista completa a Eduardo VII y a la emperatriz Alexandra Fedorovna.) Así lo hice yo, con mucha menor resonancia y mucho mayor esfuerzo económico años atrás, cuando la cotización del franco sonreía a la peseta española y era divertido, aún por el transcurso de una sola noche, apuntar en el haber de la adolescencia esa tartarinada de megalómano.

Antes, sin embargo, de que, huéspedes de tan dispar categoría navegasen por sus anchurosos pasillos, el Hotel du Palais—residencia imperial—no permitía su acceso si no a Eugenia de Montijo, la hija de doña Manuela, que a la sazón reinaba sobre los franceses y a su consorte, Napoleón III, que hizo, casándose con nuestra compatriota, una de las mejores bodas de su tiempo.

Hoy—sic transit gloria mundi—basta rellenar una ficha sucinta y abonar una barroca factura para saborear los encantos de ese inmueble de piedra y ladrillo que preside la encantadora ciudad de Biarritz, cuya simbiosis con nuestro San Sebastián es uno de los fenómenos característicos de los meses estivales.

Pero, naturalmente, yo no me propongo subrogarme en las funciones que corresponden a la Guía de Francia o a la del Club de los sin Club y explicar los pros y los contras, las ventajas y los inconvenientes de hospedarse allí. Lo que yo quiero, pese a que ya tarde en hacerlo, es elogiar el profesionalismo de su conserje que, al ver acercarse, en la granazón del verano de 1946, una compañía de soldados alemanes que se disponían a incautarse de él, arguyó escandalizado: "Mais, monsieur, vous trompez! Ca c'est un hotel de luxe!"

No se sabe con exactitud si es que el conserje del Hotel du Palais no había tenido la precaución de leer la Prensa e ignoraba, por tanto, las pequeñeces que empezaron a acontecer sobre el maravilloso jardín de Francia a raíz de aquellas fechas o si es que creía que, como conserje, tales hechos no le afectaban. Se equivocaba, desde ese punto de vista, por-

POR JOAQUIN CALVO SOTELO (DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Continuación

que, al fin y al cabo, los dos millones de alemanes que constituían el ejército de Hitler eran viajeros recién llegados, sólo que, para infortunio del país vecino, su entrada se había hecho sin aduanas, y su arribo figuraba, no en la estadística de turismo ni en la sección de sociedad, sino en la primera plana y a cuatro columnas. Padecía ese conserje, al que me refiero, un profesionalismo hipertrofiado pero utilísimo, y buena prueba de ello fué que el tal capitán volvió grupas y se dirigió a otro hotel que, con independencia de ser menos lujoso que el Palais, vivía bajo una regencia menos avisada que la de nuestro amigo. Tuvo más suerte éste que el sereno de cierta ciudad española que, cuando estalló la guerra civil, quiso mantenerla alejada del perímetro de su jurisdicción, so pretexto de que no toleraba escándalos en su calle y al que un irrespetuoso casco de metralla desacató mortalmente y con el ruido que constituye su natural escolta.

El caso es que, el conserje en cuestión, por sólo ser conserje y con mentalidad de tal, sirvió maravillosamente su puesto, y ahora lo que yo me pregunto es si el que cada uno se conduzca en el suyo con igual radicalismo ayudará a que las cosas marchen mejor o, muy al contrario, las desarreglará. ¿Se puede ver y justipreciar el mundo circundante con una mentalidad de político o de filósofo o de abogado o de artista o de conserje exclusivamente? Sí, ~~señores,~~ limitados a nuestra formación profesional, vemos la vida múltiple y varia, como programa o como sistema, o como fuente de derecho o de belleza o de clientes, y nos desentendemos de sus otras perspectivas, ¿acertaremos o nos equivocaremos?

El conserje del Palais marcaba el máximun de profesionalismo imaginable. Sólo sabía su oficio. Su código, su texto único, su norma, era el plano de hotel. Su cultura, la guía de ferrocarriles; su experiencia, la necesaria para ofrecer al viajero, cuyo Rolls crepitaba sobre la gravilla del parque, la "suite" del primer piso, y las habitaciones del último al aristócrata trasnochado. Cierto que hablaba varios idiomas, pero pronto se advertía lo limitado de las cosas que podía decir en ellos, con lo cual, su poliglotismo, más que valorarle, le ponía en evidencia. De todas formas, como conserje, tampoco le hacía falta una formación superior y es indudable que ningún Premio Nóbel hubiera sido capaz de defender el hotel con más sencillez y eficacia que la suya.

¿Quiere esto decir que ha llegado la hora de que entonemos un canto a la especialización y que la diputemos como el único motor que mueve el mundo y lo hace avanzar?

Yo, desde luego, que me libraré muy mucho de pronunciarme sobre ese tema, declaro, sin embargo, que odio el dilettantismo, y que llevo mi opinión al extremo de entender que la mejor manera de servir a los hombres de los que somos coetáneos y a la hora universal en que vivimos es la de especializarnos, lisa y llanamente, en una rama cualquiera de las infinitas del abanico humano, renunciando al cultivo de las otras, salvo en aquella parte en que puedan sernos útiles o indispensables para el dominio de la nuestra. Yo soy, lo reconozco, de los que miran con malos ojos al bueno de Leonardo de Vinci, cuya versatilidad censuro abiertamente. Pienso, en efecto, que si de verdad no inventó la aviación, fué porque se entretuvo en pintar La Gioconda y que si no sabemos a qué demonios sonríe La Gioconda es porque andaba preocupado en inventar la aviación. En el mismo orden de cosas, Ingres, como violinista era, naturalmente, una catástrofe; Federico II tocaba la flauta de un modo atroz, aunque era un táctico militar de primerísimo orden, y las acuarelas de Churchill no servirían para pagarle quince días de pensión en el Barrio Latino, aunque haya ganado la guerra como "premier" británico.

En resumidas cuentas: es muy poco probable que yo haga fortuna algún día, es menos probable que decida invertirla en construir un hotel de viajeros, pero es absolutamente seguro que si esos hipotéticos supuestos se cumpliesen y, por arte de birlibirloque, llegara a ser propietario de cualquiera de ellos, intentaría, por todos los medios a mi alcance, ponerme al habla con ese maravilloso, con ese genial, conserje del hotel de Biarritz.